

RESEÑAS		POESÍA
<p>De poetas en francés y una deuda</p> <p><i>Ventre de luz: 14 poetas colombianas + Jattin</i></p> <p>STÉPHANE CHAUMET (edición y traducción) Uniediciones, Bogotá, 2017, 287 pp.</p> <hr/> <p>DESPUNTAN DOS libros cardinales que han traducido la poesía colombiana al francés. El primero, <i>Poésie colombienne du XX^e siècle</i>, edición bilingüe, con traducción de Marilyne-Armande Renard y con selección e introducción —más de 25 páginas tiene dicho estudio— del poeta Fernando Charry Lara. Esta antología publicada en Suiza en 1990 por fortuna fue reeditada por la editorial L'Oreille du Loup en 2017. Convoca a 74 poetas: los encabeza el modernista José Asunción Silva, seguido por los poetas posmodernistas, los piedracielistas, los nadaístas, la “generación sin nombre”, los poetas nacidos en la década de los cincuenta, para finalizar con Ramón Cote Baraibar, dentro de la selección el único poeta nacido en la década de los sesenta.</p> <p>Del anterior panorama de la poesía colombiana dejamos sentado —no sin sorpresa— que solo se incluyen cuatro poetas mujeres: Meira Delmar, Dora Castellanos, Montserrat Ordóñez y María Mercedes Carranza. Hacemos notar, además, que dentro de la selección de Charry Lara no está convocado el poeta Raúl Gómez Jattin (Cartagena, 1945-1997). Recordemos que Jattin, a la fecha de la publicación de esta antología de Charry Lara —con el atenuante de que no sabemos con precisión cuándo se terminó de realizar—, ya había publicado cinco de sus seis libros: <i>Poemas</i> (1980), <i>Retratos</i> (1986), <i>Amanecer en el valle del Sinú</i> (1983-1986), <i>Del amor</i> (1982-1987) e <i>Hijos del tiempo</i> (1989).</p> <p>A mi juicio, en primera instancia, la omisión de Jattin es uno de los grandes desaciertos del crítico bogotano. Hay una deuda pendiente con Jattin. Hoy en día, nos guste o no el olor de la fruta o de la podredumbre en la poesía del cartagenero, es inadmisibles que no esté Jattin, uno de los poetas más leídos y más celebrados de la poesía colombiana en Latinoamérica. No hay que fiarnos de las ventas de libros, pero</p>	<p>este dato es insólito. Ausente, Jattin ya lleva la sexta reimpresión (2015) en el libro que preparó el mexicano Carlos Monsiváis, titulado <i>Amanecer en el valle del Sinú. Antología poética</i> (Fondo de Cultura Económica, 2004).</p> <p>El segundo libro que pone a pasear la poesía colombiana por la orilla del Sena es <i>Poésie colombienne du XXI^e siècle</i> (L'Oreille du Loup, París, 2017), con selección y prefacio de la poeta Myriam Montoya (Bello, Antioquia, 1963), quien lleva más de 25 años radicada en Francia. Es una antología generosa y ambiciosa de la lírica colombiana en Francia. La traducción resultó del esfuerzo mancomunado de doce expertos. Con esta primera antología es que conocemos el trabajo de traducción del poeta y novelista Stéphane Chaumet (1971), quien integra este grupo de traductores.</p> <p><i>Poésie colombienne du XXI^e siècle</i> nace como un vaso comunicante, y de reflexión, de la antología de Charry Lara, y convoca a 70 poetas nacidos entre los años cincuenta y los noventa. La selección de Montoya es más justa y democrática con las mujeres, pues convoca a 31 voces de diferentes rincones del país. Demuestra la antología que hay una apertura más femenina en el panorama nacional a partir de las poetas nacidas en la década de los sesenta.</p> <p>Inferimos que Stéphane Chaumet anima de alguna forma la antología de Montoya con <i>Ventre de luz: 14 poetas colombianas + Jattin</i>, que se publicó ocho meses antes. Entre las catorce poetas convocadas se reiteran siete en la antología de Montoya. Hay justicia, creo, en el número de poetas de Bogotá y Medellín antologadas frente al número de poetas del resto de Colombia, pues es muy fácil caer en el capitalcentrismo que tanto ensombrece el resto del territorio nacional.</p> <p>Las que siguen son las poetas nacidas por la década de los cincuenta incluidas por Chaumet. María Mercedes Carranza (Bogotá, 1945-2003), ya un clásico de la poesía colombiana, de quien destaco los siguientes versos que causan escalofrío: “Moriré mortal / es decir habiendo pasado / por este mundo / sin romperlo ni mancharlo” (p. 12). Amparo Osorio (Bogotá, 1951), editora de larga trayectoria, su palabra oscura y visceral está llena de luminiscencias: “Di el rostro / más allá de la</p>	<p>máscara. / Subí la desgarrada ola de la música / persiguiendo el festín de la tristeza” (p. 28). Eugenia Sánchez Nieto (Bogotá, 1953), filósofa, ve los desbarajustes de la cotidianidad y el país con ojo crítico: “[...] el cuerpo ligero intenta desprenderse / gases asfixiantes agreden la ciudad / la locura se aferra a la ventana y lanza su blasfemia” (p. 52). Mery Yolanda Sánchez (El Guamo, 1956) ha consolidado su voz sobre el difícilísimo género del poema en prosa y ha sido vehementemente testigo de la violencia y el malestar del hombre en todas sus manifestaciones. Con un tono entre tosco y compasivo, nos dice en su poema “Hereditad”:</p> <p>Ahora solo de lejos puedes mirar la propiedad de tu tierra. Alguien te contó de las primeras guerras donde el arcabuco festejó las cenizas en el olor a albahaca. Te resignas al roce de los peldaños donde se abren las bocas de las distancias. Y no hay paz en ti porque te dejaron la fría costumbre de contar los vacíos. (p. 64)</p> <p>El grupo de las poetas nacidas en la década de los sesenta está encabezado por Gloria Bernal Acevedo (La Ceja, 1961); abogada y criminalista, a ella le duele su país y escribe en extensos poemas en prosa —de tendencia narrativa y sin maquillajes retóricos— el drama de una mujer que es violada por los paramilitares. Sigue Myriam Montoya (Bello, 1963), también traductora y novelista, quien con un espíritu nocturno y mucha economía de adornos indaga sobre el tiempo y lo primitivo: “Materia / impulso divino / orgánica descomposición / somos” (p. 104). Y Yirama Castaño (Socorro, 1964), periodista y editora, con un acento íntimo y visceral se adentra en el tema del yo mujer: “Sé que la mitad de mí / está despierta / porque molesta el sueño / de la otra” (p. 110).</p> <p>Sin lugar a dudas, en la década de los setenta y los ochenta se multiplican las voces femeninas, y el fenómeno se da en toda Latinoamérica. En este grupo está Catalina González Restrepo (Medellín, 1976), editora con más de cinco libros publicados. Me llama la atención la belleza en la que ha devenido su discurso amoroso en un mundo de desencanto: “Dormimos como hermanos, / reptiles a punto de despertar, / en una cama que no es de</p>

POESÍA		RESEÑAS
<p>nadie” (p. 128). Lauren Mendinueta (Barranquilla, 1977), quien vive en Portugal y respira un aura de extranjería, nocturnidad y nostalgia, dice mirando su fotografía: “Cuesta creer que la desconocida también soy yo / esa mujer suspendida y fea / con un rostro que sin ser mío no es ajeno” (p. 142). Lucía Estrada (Medellín, 1981), la poeta más prolífica de toda la antología, posee una voz madura y profunda, y en su poema más breve se pregunta: “Hablamos de la muerte // ¿dónde hemos aprendido / ese lenguaje?”.</p> <p>Entre las poetisas nacidas en la década de los ochenta también está Andrea Cote (Barrancabermeja, 1981), quien nos dice desde <i>Chinatown a toda hora</i>, su libro-objeto, con un estilo diferente al de sus anteriores páginas: “Soy el autor de la teoría del espíritu, / soy un lado del espíritu, / soy la muchacha ideal” (p. 188). Margarita Losada Vargas (Neiva, 1983), en su estilo conjetural e intenso, nos ilustra en su poema “El origen del objeto” que “la araña / no teje la red // une los puntos de la ausencia / para darle // una forma a la nada” (p. 200). Fadir Delgado (Barranquilla, 1984), con un aire fresco, arroja esta perla sobre el tiempo: “He sabido que el domingo / es un niño / y su juguete favorito / el dolor” (p. 214). Y finalmente, ya de la década de los noventa, Alexandra Espinosa (Bogotá, 1995), quien es la inédita y la agradable novedad de esta selección por su madurez en la mirada y la tensión dramática de sus anécdotas, dice en un poema en prosa, casi como colofón antes de nuestra cita con Jattin:</p> <p>No quiero pensar en ese poema donde Jattin intervenía con su dulzura increíble. Sabes, quisiera, que alguien estuviera aquí, y la música no fuese tan emotiva, pero la he elegido yo, como ha sido mi elección, salvo el miedo, no tengo nada. (p. 244)</p> <p>El trabajo de traducción al francés de <i>Ventre de luz</i> no tiene tacha y los poemas elegidos son verdaderas joyas. Sin embargo, alertándonos en los tres párrafos de su nota introductoria, el mismo Chaumet nos avisa que “otras poetisas podrían legítimamente unirse a esta antología” (p. 8); no explica por qué, pero piensa, entre otras, en Meira Delmar (1922-2009) y Clemencia Ta-</p>	<p>riffa (1954-2009), justo las dos voces femeninas que tienen herencia árabe y un verso lleno de memoria-esencialidad y de erotismo-abismo, respectivamente. Chaumet piensa también en Lindantonella Solano (1975), la poeta que pertenece a la nación wayuu, y la antología se queda sin la palabra mítica y la fundación del universo. Lamentamos que no haya voces femeninas afrocolombianas; se podría sugerir como ejemplo la poeta barranquillera Ashanti Dinah con su libro <i>Las semillas del Muntú</i> (Nueva York, 2019). Así mismo, que no se haya contemplado una voz de raíz indígena, ni de origen árabe, porque le hubiesen dado un matiz más justo a un país con comunidades tan representativas en nuestra idiosincrasia.</p> <p>Al imaginar las preguntas que se haría un curioso y quisquilloso estudiante francés de la Universidad de la Sorbona cuando abriera el libro, surgen algunos reparos frente a la antología. Primero, alrededor de Jattin. ¿Cuáles son las razones por las que el editor escoge a Jattin como el poeta hombre para que acompañe a este grupo de mujeres? ¿Se les consultó a las poetisas antologadas para que fuera Jattin el poeta que simbólicamente las represente? ¿Por qué Jattin y no otros raros como Carlos Obregón o Giovanni Quessep? ¿Por qué en la antología hay catorce poemas de Jattin y no más de siete poemas por cada una de las mujeres?</p> <p>Segundo, en torno a las voces femeninas: no queda dilucidado por qué se escogieron estas voces y no otras. Sin lugar a dudas, queda palpitando el deseo insatisfecho de hallar una nota más profunda, más allá de la excusa de que “toda antología es arbitraria” y al parecer está dictada exclusivamente por el gusto del antólogo, que “refleja el deseo subterráneo del lector que la compone y revela en qué aguas de sombra y luz le gusta nadar” (p. 8).</p> <p>Por suerte, está la poesía que siempre nos quita cualquier agravio y se compadece de nosotros. Este libro —como a Colombia— lo salvan las mujeres, y lo salva la poesía.</p> <p style="text-align: right;">Fredy Yezzed</p>	